

Democracia: política

Otras aseveraciones voluntaristas. Felizmente se ha ido imponiendo la cordura política y varios de esos mismos partidos hoy han decidido inscribirse lealmente, lo que tiene una enorme importancia, porque así se definen categóricamente las posiciones opositoras. Porque siempre han existido dos oposiciones al régimen militar. Una es la que representó el MDP, y Izquierda Unida, cuyos objetivos y estrategias revolucionarias coinciden con los regímenes comunistas que nosotros no compartimos. Otra, la posición democrática, cuyo objetivo y estrategia es la democracia occidental y libertaria. Sin embargo, un voluntarismo generoso, pero político, ha dificultado que se formalice la existencia de estos dos sectores opositores, perfectamente delimitados, cuya acción conjunta sea paralela, y no antagónica. Estimo que el llamado PPD, partido por la Democracia, es la última extensión de este artificial intento unitario, sin fronteras ideológicas, que este partido ha dado reducido al sector socialista, que algunos dominaron renovado, y que en los hechos retorna a sus posiciones tradicionales. Se despeja una dificultad que impediría que la cordura también alcance a la política de alianzas de los partidos opositores democráticos y se acoja el llamado a formar una coalición en torno a un programa, que anteriormente se persiguió para las futuras elecciones. Así, por fin habría una alternativa ineludiblemente democrática para enfrentar el plebiscito y que ofrezca un camino democrático y claro de reemplazo.

Hostilidad

Por Raúl Hasbun Z.



Hostil es, según el diccionario, sinónimo de contrario o enemigo. Hostilidad es una agresión armada entre pueblos o ejércitos. El relator de Naciones Unidas ha empleado estos términos para definir la atmósfera que, según él, encontró en su breve entrevista con el Ministro de Justicia. Ya la omisión del saludo de buenos días por parte de su anfitrión, le pareció sospechosa o francamente indicativa de hostilidad. Pero lo que le resultó intolerable, hasta el punto de poner abrupto término a la conversación y retirarse sin formular declaraciones, fue que el Ministro de Justicia le representara reservas y formulara precisiones respecto de sus punzantes declaraciones del día anterior. En ellas, el relator de Naciones Unidas había calificado de aberrante la actuación global de un magistrado chileno, y demandado el cambio radical de la justicia que él representa. Las posturas del fiscal exceden, según sus palabras, toda norma civilizada. Aquí hay algo más que imputación de error o incompetencia profesional, lo que de por sí ya es asunto grave. Los juicios del relator de Naciones Unidas apuntan directamente a un abuso de poder, desprecio por la legalidad, denegación o torcida administración de justicia. Peor aún: el sistema entero, legal y judicial, y las autoridades públicas que lo encarnan, estarían cohestando o tolerando pasivamente la perpetración permanente de tal delito de prevaricación. Juicios de esta gravedad son formulados en público, a través de una red de comunicaciones que cubre todas y cada una de las actuaciones y palabras del relator. Por mucho que subjetivamente entienda cumplir su imperativo de conciencia, él no puede ignorar que la misma Declaración de Derechos Humanos de Naciones Unidas, que le da raigambre a su mandato, exige conside-

rar inocente a toda persona mientras su culpabilidad no sea comprobada, tras un debido proceso. El carácter categórico que el relator da a sus propios juicios sobre la probidad de nuestros magistrados, lo sitúa, sin que él mismo lo advierta, al menos en el umbral mismo de violar los principios que se supone viene a defender. Considerar como acto de hostilidad el que, pocas horas después de emitir tales juicios, un Ministro de Justicia omite darle los buenos días y, tras responder a sus peticiones, le puntualice en privado sus objeciones, es desproporcionado y casi pintoresco. Toda persona responsable sabe que debe responder de sus dichos y hechos. Estos, sobre todo cuando afectan de modo directo la imagen de terceros, generan un justo derecho a réplica. Entre nosotros este principio rige sin excepción. Y cuando esa réplica se vierte por los canales adecuados, sin degenerar en injuria o calumnia, limitándose a los aspectos objetivos de la controversia, nadie puede rechazarla como acto de hostilidad. Es cierto que a nadie, tampoco, le gusta ser sermoneado, pero quien profesa ser democrata y acepta, además, el Evangelio, no puede ignorar que los demás tienen el derecho, y aun el deber, de representarnos, primero en privado, luego en público, sus temores, críticas o prevenciones respecto de nuestros errores o excesos. Si hacer tal cosa con el relator de Naciones Unidas es signo de hostilidad, y ello queda consignado en sus informes como un obstáculo a su tarea, no se puede evitar que asome a la mente la palabra intimidación. Bienvenidas sean todas las personas y medidas que seriamente buscan el respeto de la dignidad humana. Más bienvenidas aún si en la realización de su labor trabajan más en silencio y reservan sus juicios, objetivos y serenos, para quien les confirió su mandato.

Ricardo Rivadeneira

Por Andrés Allamand



La intempestiva renuncia de Ricardo Rivadeneira a Renovación Nacional ha sido objeto de diversas interpretaciones por parte de los "observadores" políticos. Unos han querido anticipar triunfos o derrotas de sus planteamientos, otros han intentado presentarla como la expresión de pugnas internas (que simplemente no existen) y no han faltado quienes han elucubrado por su cuenta y riesgo las más antojadizas explicaciones. Todos ellos están contaminados por el ambiente enrarecido que rodea a la actividad política. Ello les impide aceptar una explicación simple pero auténtica: quien fuera el primer Presidente de la Renovación Nacional consideró que la misión que había asumido estaba terminada, al constituirse el partido en las 13 regiones del país. Recién ahora, algunos medios de comunicación han reparado que Ricardo Rivadeneira siempre anticipó que entendía su permanencia al frente de Renovación Nacional como una cuestión eminentemente transitoria. En efecto, al aceptar la presidencia textualmente expresó que "terminada la etapa a la que dedicaré con sacrificios mis mejores energías, espero volver a mis actividades privadas, dejando el puesto a quien, como yo ahora, sienta que no es tiempo de eludir responsabilidades". Sin embargo, su actuación política no pasó inadvertida. Mayor es el mérito de lo anterior si se piensa que Ricardo Rivadeneira jamás se involucró buscando popularidad fácil en discusiones sin destino o debates acalorados. Al contrario, el mayor legado de Ricardo Rivadeneira está en la solidez de sus conceptos y en el sello personal y distintivo de su carácter como político. Este último admite un resumen breve, pero contundente: estuvo siempre más ocupado de servir que de sobresalir.

Al margen de ello, la vigencia de sus puntos de vista es plena, especialmente en lo referente a la identidad del partido político que tan activamente contribuyó a formar. Hace un par de meses, en una reunión de dirigentes, dio a conocer públicamente la visión que él tenía de Renovación Nacional, señalando que "debía ser un partido firme, con personalidad y confianza en sí mismo. Dispuesto a apoyar siempre las mejores alternativas para el país, pero sin transformarse jamás en comparsa o instrumento incondicional de nadie. Debe ser un partido que confíe en la democracia. No en el sentido de dejarse arrastrar por cualquier capricho de mayorías ocasionales inorgánicas, sino en el de confiar que la mayoría de nuestro pueblo va a escucharnos y a seguirnos. De manera que, si alguna vez somos derrotados, no culparemos al pueblo. Nos culparemos a nosotros mismos, por no haber sabido convencer a nuestros conciudadanos". Igualmente instaba a actuar en política con un estilo en que imperaran la honestidad y la franqueza, del todo "diferente de aquel que caracterizó a muchos políticos del pasado y que hizo que la gente más sana del país viera en la política una actividad chata, decadente y muchas veces corrompida". Por esas y otras razones Ricardo Rivadeneira se ha retirado del cargo máximo de Renovación Nacional (sin siquiera disfrutar o atribuirse cuota alguna del éxito alcanzado) rodeado del mismo prestigio con que lo asumió, sumado al respeto y reconocimiento de todos quienes trabajamos con él y del proveniente de los 60.000 afiliados que conforman Renovación Nacional. Por último, su confianza en orden a que nuestro partido delegará siempre su dirección en la persona más adecuada para cada momento y oportunidad, jamás será defraudada.